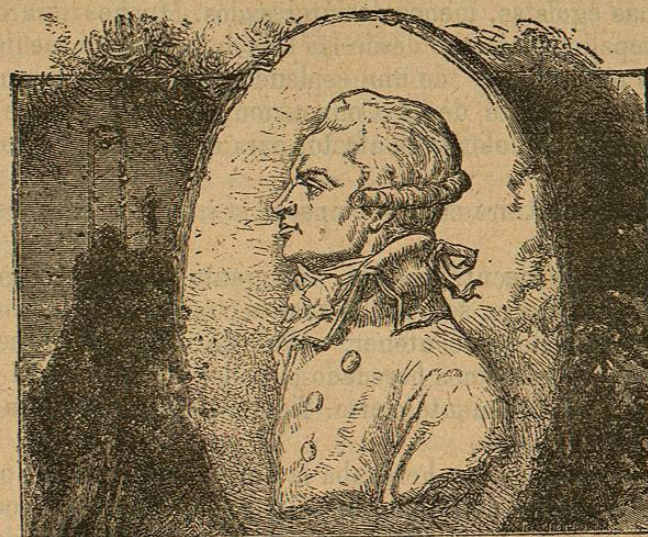
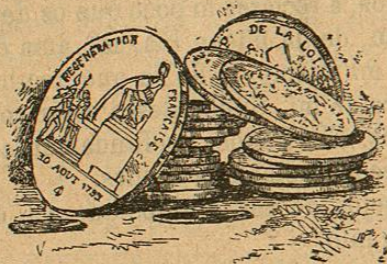


los daños que te pueda causar. Saluda en mi nombre á tu hermana, saluda á todos mis amigos, Monteaud, Demichel y otros.

»Te saludo, buena Pía. ¡Adiós, acuérdate del que fué amigo de la humanidad!

»Mi justificación está en el seno de lo Eterno, en tí, en todos nuestros amigos, en los de la Libertad. Abraza por mí á Bertrand hijo. Le ruego que no te abandone nunca, que te ayude... No te aflijas. Lleva á la ciudadana Corbet un billete de cien libras que le envío para recordo. ¡Su marido ha sido tan buen patriota! Saluda y abraza á todos, á todos cuantos se acuerden de mí. Dí que los amo como á la humanidad entera.

»Adiós, salud, salud. ¡Voy á reposar en el seno de lo Eterno.— (Lion 16 de Julio de 1793, á las cuatro de la tarde. Firmado, CHALLIER.) (Archivos de la prefectura del Sena, registro 34 del Consejo general, 25 Diciembre del 93).



CAPITULO VI

Reinado anárquico de los hebertistas.—Danton pide la creación de un gobierno (Julio-Agosto del 93)

Entierro de Marat.—El *Pere Duchesne* sucede al *Amigo del Pueblo*.—Tiranía de los hebertistas en el ministerio de la Guerra.—Robespierre se une á los hebertistas contra los *enragés*.—Derrota de nuestros ejércitos (Junio-Julio).—Peligros inminentes.—Decretos violentos.—El comité de Salud pública.—Danton quiere que el comité se constituya en gobierno.—El comité declina la responsabilidad.

La hermana de Marat decía en 1836: «Si hubiera vivido mi hermano jamás hubieran sido muertos Danton y Camilo Desmoulins.»

Los Cordeleros pidieron que Marat fuese enterrado en el Panteón. Los Jacobinos recibieron fríamente esta demanda. Robespierre se declaró contrario á la proposición, expresando los sentimientos de una gran parte de la Montaña que no perdonó á Marat su reinado de un cuarto de hora el 2 de Junio.

Su entierro fué más imponente que si hubiese sido llevado al Panteón.

Fueron las suyas pompas populares. Su cuerpo quedó depositado bajo los árboles de los Cordeleros, cerca de la famosa cueva donde él había escrito.

Las sencillas gentes, aquellas que ni siquiera habían leído sus periódicos, sintiéronse enternecidas por su muerte, su abnegación, su absoluta pobreza. Sabían solamente que se trataba de un gran patriota, que había muerto por ellos y que no dejaba un céntimo.

Tenían el presentimiento de que sus sucesores valdrían menos que

él, serían más egoístas, menos desinteresados. Muchos lloraron sinceramente. El sepelio se efectuó desde las seis de la tarde á media noche, á la luz de las antorchas y de una esplendorosa luna de verano.

Thuriot, presidente de la Convención, pronunció sobre su tumba sentidas palabras de dolor y de afecto, para aplacar al pueblo y aplazar la venganza.

Un hecho demostrará cuanto empeoró la situación después de muerto Marat.

El pequeño Vincent, vividor, intrigante, secretario general del ministerio de la Guerra, se frotó las manos cuando ocurrió la muerte de Marat y dijo sin poderse contener: «¡Por fin!» Lo cual quería decir: «Ya somos reyes: ya hemos heredado el poder de la prensa popular.»

Y esto era sobradamente cierto. *El Amigo del Pueblo* fué sustituido por el *Pere Duchesne*.

Hebert desde luego no heredaba la autoridad de Marat, pero disponía de grandes medios de publicación ilimitada. Marat publicaba según la venta y Hebert según el dinero que extraía de las cajas del Estado, especialmente de las del ministerio de la Guerra. Marat lo hacía todo á su costa. Hebert hizo una fortuna.

Había ya dos periódicos con el mismo título. Hebert fué arrojado por ladrón de uno de sus empleos. Tuvo después habilidad para fundar y vender periódicos. Su *Pere Duchesne* era aún más cínico que el primero que se fundó con este título.

Dirigíalo un tal Marquet. Orador fácil en los Cordeleros se hizo conducir á la Comuna. Club, Comuna y periódico, tres armas esgrimidas por él para amontonar dinero. El día 2 de Junio, cuando todo el mundo anda trastornado, Hebert ni pierde su calma ni su sangre fría. En tan grande crisis comprendió que el gobierno necesitaba periódicos y recibió una suma de 100.000 francos.

Realmente la libertad de prensa no existía más que para el *Pere Duchesne*.

Hebert, dueño y señor de la prensa popular, en determinados momentos podía dar repentinos rumbos á la opinión. Llegó á tirar *seiscientos mil* ejemplares. Publicidad terrible, pagada y mercenaria.

El honrado Loustalot, primer redactor en *Las Revolutions*, llegó á tirar doscientos mil en los días de entusiasmo universal.

La vaca de leche de Hebert era Bouchotte, el ministro de la Guerra.

Por una parte gastaba dinero para extender la prensa afecta entre el ejército. Aprovechábase de estos periódicos para nombrar á sus amigos empleados, oficiales, generales.

Un ministerio que gastaba trescientos millones cada mes, que podía distribuir cincuenta mil grados ó empleos, mil asuntos lucrativos de aprovisionamientos, equipos, armas, municiones, constituía una enorme potencia puesta al servicio de Hebert.

Y á la cabeza de todo esto un pequeño tigre, Vincent, el verdadero ministro, joven de veinticuatro años. Cuando Robespierre quiso poner orden en el ministerio, el furioso Vincent mordía el corazón de una ternera creyendo que mordía el de sus enemigos.

La tolerancia de estos miserables fué el martirio de Robespierre.

La familia de Hebert vivía en el más desatentado lujo. El más asiduo comensal era un austriaco llamado Proly, hombre sospechoso, bastardo del príncipe Kaunitz.

El primer cuidado de Robespierre fué arrestar á este Proly y decomisar sus papeles.

Aunque no encontró nada inmediatamente, se podía creer que del extranjero se recibían sumas para sostener la desorganización en el ministerio. De momento á momento cambiábase de general.

Los ejércitos del Norte y del Rin cada mes tenían un nuevo general jefe.

El primero cambió en seis meses seis generales: Dumouriez, Dampierre, Beaucharnais, Custine, Honchard y Jourdan.

El ejército del Rin en ocho meses ocho generales: Custine, Diettmann, Beaucharnais, Landremont, Meunier, Corlenc, Pichegru y Hoche.

Esta movilización espantosa basta para explicar los espantosos fracasos que se sufrieron.

Se fijó esta veleta de las jefaturas cuando la elección de Rossignol, el inepto general del Oeste. Rousin había comprendido que para sostenerse sin peligros era lo mejor vivir en una especie de eclipse voluntario, porque el mando supremo de los ejércitos, proporcionaba sendos disgustos. Era necesario sentar plaza de maniquí. Como compañero llevaba un joven gendarme, obrero bisuterero muy ilustrado, cariñoso y locuaz. Rossignol, este era su nombre, había brillado en el sitio de la Bastilla; después en la gendarmería, donde tenía derecho á esperar el empleo que mejor le cuadraba, comandante ó coronel del mismo. Muy indulgente con los pícaros, camarada del soldado, pronto se hizo adorar. Los generales tomáronle odio y lo acusaron ante la Convención. Esta fué su suerte.

Allí apareció como una víctima del patriotismo, y la Montaña le enardeció, no viendo en él más que sencillez y buena fe y mucha bravura. Rousin supo aprovechar la ocasión, y viendo que se podrían hacer muchas cosas impunemente á la sombra de este favorito pidió que se le nombrara general en jefe.

Rossignol: «Os equivocais. No soy lo suficientemente hábil para mandar un ejército.» Se le designa. Rousin, escondido detrás de Rossignol, le hizo firmar traiciones, crímenes.

Finalmente fué relevado. ¿Robespierre podía ignorar esta desorganización, estos tremendos errores? Es imposible creerlo. Una cosa, sin embargo, lo detenía.

Veía un abismo, es verdad, pero después en este aparecía otro más espantoso que los desórdenes de la administración y los éxitos del extranjero, el abismo de la disolución social. Esta *tierra desconocida* más allá de Marat (de la que habla Camilo Desmoulins), esta región fantástica habitada por monstruos, espectros, fué descubierta por él desde el mes de Junio en la extraña alianza de Jacques Roux (de los Gravilliers) de Leclerc, amigo de Chalier y de su dueña y señora Rosa Lacombe, jefe de las *mujeres revolucionarias*.

La revolución romántica y socialista como diríamos hoy, inquietaba á Robespierre. En su visita á los Cordeleros para combatir á los monstruos, á Leclerc, á Roux, sólo le faltó ir acompañado del innoble Hebert.

Mientras vivió Marat les tuvo cerrada la puerta; pero muerto aquel los émulos se apoderaron de su nombre.

Roux, Varlet y Leclerc redactaban juntos el periódico la *Sombra de Marat*, diario que era como el terror de Robespierre. Antes de la fiesta del 10 de Junio, cuando llegaron los federales á París, Robespierre tembló al verlos en peligro de caer bajo esta influencia.

El comité de seguridad suspende el periódico y arresta á sus redactores. Medida violenta é inusitada. Los Gravilliers gritan en favor de Roux su orador. Hebert los recibe en la Comuna y los trata secamente, desde lo alto del *Pere Duchesne*, despidiéndoles humillados.

He aquí á quien servía el *Pere Duchesne* y el origen de la calma de Robespierre.

Este no tenía ningun periódico. No tenía más prensa que los Jacobinos y aquí mismo, Hebert, por sus amigos Collot d' Herbois y otros encontrábase fuerte. Era necesario, pues, esperar hasta que ellos mismos se disgregasen. Su conducta en los Jacobinos fué muy bien calculada. Jamás nombró á Hebert ni á Rousin, pero defendía á su ministro, que era á quien más querían ellos. Defendía también á Rossignol y quedaban complacidos. Era entonces aquélla tesis popular.

A este precio Robespierre, sin elogiar á Hebert, podía servirse de él. Podía llegar el caso de que la Montaña se pusiera frente á su jefe, ó que Danton se emancipara. Para entonces Robespierre tendría seiscientas mil bocas que tragarían su pócima. (Esto ocurrió el 4 de Octubre). Podían también abandonar á Danton, en cuyo caso éste se uniría á Robespierre. De lo contrario los hebertistas se hubiesen creído tan fuertes que su poder hubiese sido omnímodo. Tenían ya en su poder el ministerio de la Guerra; se apoderarían de el del Interior, objeto ya de sus concupiscencias. Dueños del exterior y del interior, lo serían también de todas las fuerzas activas. Robespierre no podía permitir esto.

Las dificultades de la situación estallaron en los primeros días de Agosto, cuando sobre la Convención cayó una granizada de reveses y fracasos personales para la Asamblea.

La Montaña misma había partido para la frontera. Gran número

de sus miembros, sin recordar que salían de profesiones civiles, empuñaron la espada en los días de Julio, aceptando todas las responsabilidades, desafiando la fortuna. En la frontera no encontraron más que enemigos. Hostilidad entre los elementos militares, quebrantada la disciplina, nulo el material, desorganizados radicalmente la administración de la guerra por la ineptitud de los ministros y la perfidia de los hebertistas siempre incapaces. Todo esto caía con la pesadez del plomo sobre los representantes. ¡Batidos, heridos, deshonrados como Bourbotte y cerca del patíbulo!

En Mayence, Merlin de Thionville detiene todas las fuerzas de Prusia, se bate como un león deteniendo la invasión de Francia cuatro meses y á su regreso es arrestado. En Valenciennes, Brier y otro se defienden durante cuarenta horas contra el enemigo y contra la población. La burguesía quería rendirse y abandonó al pueblo. Los emigrados estaban tan furiosos que á pesar de la capitulación, á pesar de los austriacos querían realizar horribles matanzas. (28 de Julio).

En los días siguientes la Convención se entera de que ha perdido toda la frontera del Norte y que Combrai está bloqueado.

El Rhin se ha perdido; Mayence se ha rendido; Landan bloqueado y el enemigo á las puertas de Alsacia.

Que por segunda vez los vendeanos vencedores han disuelto el el ejército del Loira.

¿A quien acusar? Los representantes merecían coronas de laurel. La derrota era una consecuencia logica de la desorganización general. El comité de Salud pública, renovado después del 10 de Julio, no había tenido tiempo para hacer muchas cosas. La perfidia de un general, el dinero del enemigo, estas excusas dió el tembloroso Barere.

Los incendios ocurridos en nuestros puertos y atribuidos á los ingleses, pusieron el colmo al furor de la Convención.

Declaró á Pitt enemigo del género humano. Se quería decretar que todo hombre tendría derecho á matarlo.

¡Matarlo! Era el único remedio que muchos encontraron á los males de la Francia. ¿Matar á los traidores? Los generales estaban juzgados. ¿Matar á los reyes? En los clubs no se hablaba de otra cosa.

La Convención ordenó que se juzgara á la reina.

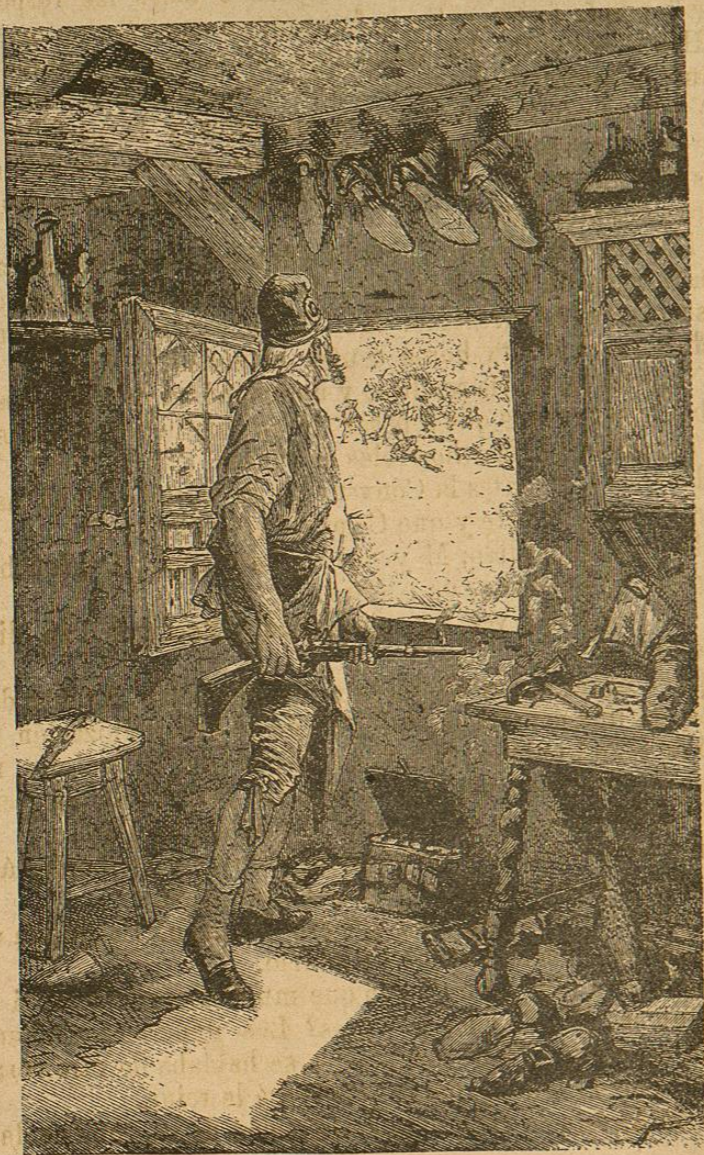
El 10 de Agosto se decretó la destrucción de las tumbas de Saint-Denis.

A los girondinos se les comprendió en estos anatemas, adoptándose el decreto de Saint-Just, en que se les declaraba traidores á la patria, antes de todo juicio. El infortunado Vergniaud, inmóvil en París y bajo las miradas de la Convención, fué enviado al tribunal revolucionario el mismo día que Custine fué acusado de haber entregado el Rhin.

Entre estos decretos, obra del furor, hubo uno en que se reveló el buen sentido, obra de Danton.

Se pedía en él la creación de un gobierno.

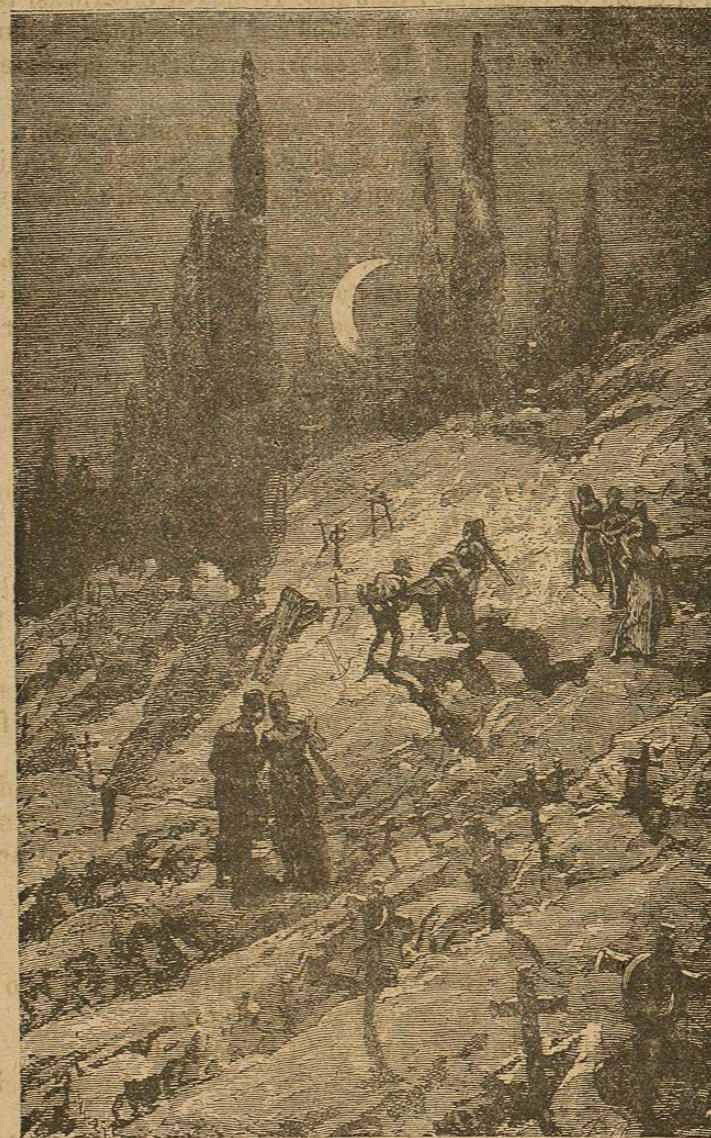
La cuestión que quedó por resolver de algunos meses atrás era la creación de un poder respetable y respetado.



... apoyó su fusil tranquilamente sobre la ventana y tiró hasta que cayó el hombre. (Pág. 167)

¿Existía ó no? A la menor palabra que se pronunciaba, los clubs rompían los muros con sus gritos. Los Hebert, los Nincent, los Roux juraban la muerte de quienes emprendiesen una obra tan impía, y entretanto gobernaban ellos en realidad.

El comité de Salud pública no existía más que por mitad. Hasta el mes de Noviembre no se completó. Sus miembros más activos Saint-



La Padovani, ayudada de sus hijos, arrancó á la tierra el pobre despojado, muerto barbaramente. (Pág. 197)

André, Lindet, Prieur estan ausentes casi siempre. Los presentes eran dos robespierristas, Couthon y Saint-Just, nivelados por dos dantonistas Hérauld y Thuriot. El indiferente Barere lo mismo se inclinaba hacia un lado que á otro.

Este comité revolucionario, obligado á trabajar, advirtió la necesidad de hacerse fuerte, para lo cual llamó á Robespierre, quien ingresó á *pesar suyo*, como él decía el 27 de Julio. Hemos de creerlo así también, porque era plan de Robespierre en todos sus hechos dominar en ausencia. A esto se debe añadir que Robespierre era más hombre de autoridad que de gobierno.

He aquí la forma en que Danton aventuró su proposición:

«Erigid en gobierno provisional el comité de Salud pública; que los ministros no sean más que sus agentes; confiadle cincuenta millones.

Dicho de otro modo: el comité, gobierno de derecho, se había de convertir en gobierno de hecho aceptando toda la responsabilidad.

Cuanto se hizo de más útil en dos meses, de más eficaz para la Salud pública, se efectuó sin ministros ni comité.

Solo, sin socorros del centro, Nantes, tuvo en jaque la Vendée, á pesar del centro mismo que destituyó á Canclaux, el excelente general de Nantes.

Solo, sin que lo socorriera el centro, Dubois-Grancé organizó las fuerzas montañosas que contuvieron el Sudoeste y aislaron á Lion de los Alpes. Todo sin comité, á pesar suyo.

Solo, por su prudencia y su talento, Robert Lindet ejecutó la pacificación de Normandía. Y el comité no hizo más que enviar un hombre medio loco, Carrier.

El huracán de la guerra bramaba sobre Valenciennes y Mayenne; había que aprovechar los momentos para crear un gobierno fuerte ó perecer.

El comité debía de tomar una dirección decididamente y declarar que él era el gobierno; no obedecer ya ni dejarse llevar á remolque, si no tomar la vanguardia, el punto de las iniciativas, arrastrar á todo el mundo con el solo nombre de la patria.

No se dijo esto, pero se sintió á maravilla, profundamente.

Era un grito del corazón y del buen sentido.

Couthon, el amigo de Robespierre, sin atender á su jefe dijo en voz alta entonces que apoyaría la proposición de Danton.

Saint-André dijo lo mismo y también Barere y Cambon.

Robespierre dijo que la proposición le parecía vaga, implícita. Pidió y obtuvo su aplazamiento.

«¿Teméis las responsabilidades?—les dijo Danton.—Recordad que cuando fui miembro del consejo tomé á mi cargo todas las medidas revolucionarias. Entonces dije: «¡Viva la libertad aunque perezca mi nombre!»

Era este un gran llamamiento. Aun se arriesgó demasiado con aplazar la cuestión.

¿Qué podría ocurrir como era fácil preveer, si se unían ingleses y austriacos para marchar sobre París?

La situación de la Francia era peligrosísima.

Robespierre no creyó aun posible el acontecimiento.

Y ¿cómo podía existir un gobierno sin opinión, sin publicidad, sin prensa?

Después de muerto Marat la prensa era de Hebert.

Robespierre era ya la única autoridad moral de la República. Pero autoridad que podría existir á condición de no hacer nada. Robespierre sabía esto. Se sentaba, escuchaba, escribía cinco ó seis horas diariamente en la Convención, en los Jacobinos. En Agosto fué presidente de las dos Asambleas.

Las noches las pasaba escribiendo.

Quedábale aun tiempo para ocupaciones que podemos llamar filosóficas, académicas.

Cuantos tenían conciencia del peligro de la patria lamentaban la inercia del primer hombre de la República. Muchos se indignaron.

Danton fué de estos.

El antiguo amigo de Robespierre, que tanto contribuyó á dominarlo en vida, Camilo Desmoulins, en algunos folletos supo poner el dedo en la llaga.

Dijo que ni en la Convención ni en el comité de Salud pública había nadie que se preocupara de la guerra.

Hacía falta un hombre y se tenía á un dios.

Una sociedad popular que llevó á los Jacobinos (el 2 de Agosto) los bustos de Lepelletier y Marat escuchó las siguientes palabras del presidente:—«Entre Marat y Lepelletier queda un vacío que será ocupado por el gran hombre que se levante á salvar el mundo.»

«Sí—contestó el carnicero Legendre—pero corre peligro de ser muerto á puñaladas.»

